

D-39.-

LA LIBERTAD, LA LITERATURA, EL HOMBRE Y DIOS

por Francisco-Manuel Nácher

- ¿Tú crees que el hombre es totalmente libre en algún momento de su vida? Porque yo no acabo de situar ese instante milagroso en que uno se sienta desligado de sus limitaciones físicas o espirituales, de su familia, de la sociedad, de las convenciones, de sus propios intereses, de la vida misma, en una palabra.

- En apariencia, es cierto lo que dices. Pero en la vida hay momentos en que el hombre se siente libre y omnipotente y omnisciente y ubicuo y capaz de hacer cualquier cosa.

- ¿Y cuál es ese momento único?

- Es aquel en que el hombre toma la decisión, por ejemplo, de escribir algo y, en términos generales, de crear algo.

- ¡No me digas! ¿Y qué le ves tú de especial?

- Lo que te he dicho: Que es el único instante en que el hombre es y, además, se siente verdaderamente libre e ilimitado.

- ¿Por qué? Yo no lo veo así.

- Porque, en cuanto empieza a concebir algo, ya es víctima de la reducción de su libertad. Si un escritor decide, por ejemplo, escribir sobre los hombres, al tomar esa decisión habrá eliminado, como tema de su trabajo, todas las demás posibilidades, que eran prácticamente infinitas. Ya sólo deberá escribir sobre los hombres y no sobre los árboles o los ríos o las galaxias.

- Eso es verdad. Y, en parte, ya deja uno de ser tan libre como antes, ¿no?

- No sólo deja de ser tan libre como antes, sino que su libertad se va estrechando, encogiéndose, a lo largo del proceso creativo.

- ¿Cómo es eso?

- Verás. Sigue mi razonamiento y lo comprenderás: Cuantos más elementos añada a su concepción inicial, cuanto más avance en su creación mental, más reducirá su abanico de posibilidades futuras. Si, una vez decidido a escribir sobre los hombres, se inclina por hacerlo sobre el hombre blanco, en ese preciso instante habrá eliminado a los negros, a los amarillos, a los cobrizos... y habrá pulverizado la libertad que hasta

entonces tenía para hablar sobre todos ellos. Seguirá siendo libre, por supuesto, para decir lo que quiera sobre el hombre blanco, pero sus posibilidades se habrán reducido ya muy considerablemente.

- Está claro. Y es lógico.

- La limitación llegará a un punto casi extremo si decide, por ejemplo, y como es el caso de casi todas las novelas, escribir sobre un solo hombre blanco. Habrán quedado fuera, sin ninguna posibilidad de aparecer en la obra, todos los restantes mil millones de hombres blancos, sobre los que, hasta ese momento podía haber decidido escribir.

- ¡Qué barbaridad! Es cierto.

- Por tanto, lo aconsejable es imaginar la menor cantidad posible de detalles sobre paisajes, situaciones y personajes. De ese modo, el lector se verá obligado a suplirlos con su imaginación y al autor le quedará mayor margen de libertad para manejar su obra. Porque, siguiendo con nuestro ejemplo, la cosa se le complica más aún cuando, concebida la obra in mente, decide plasmarla sobre el papel.

- ¿Por qué motivo?

- Porque se encuentra con que los materiales que ha de emplear, las palabras, no son sino símbolos de ideas, y el escritor ha de trabajar de tal modo que utilice el término que mejor exprese lo que él tiene in mente y ve con toda claridad en el mundo del pensamiento y desea transmitir, de modo que los lectores puedan luego “decodificar” los vocablos y llegar a ver, a sentir, a desear, a pensar y, en un palabra, a vivir, lo que el escritor vio, sintió, deseó y pensó y hasta vivió. De otro modo, habrá fracasado como escritor.

Y esa selección de palabras y de frases, ese estudio cuidadoso de su sintaxis y de su ritmo gráfico y auditivo y mental y emocional, dada la dificultad que plantea la limitación del idioma como medio de comunicación, aparte de que supone un esfuerzo ímprobo, - y por eso se ha dicho siempre que la creación literaria es dolorosa - no es más que otra limitación a la libertad del escritor, que ahora ya no puede quedarse en navegar con relativa facilidad por el fácil y manejable mundo mental, sino que ha de valerse de esos instrumentos duros, inexpresivos y hasta escasos, enormemente escasos, que son las palabras.

- Realmente es siempre un problema encontrar el término adecuado, que suene bien, que encaje en la frase, que exprese lo deseado. Y eso, claro está, supone una limitación para el escritor, una reducción más de su libertad, como tú dices. Estoy de acuerdo.

- Pero, en este mundo material, mucho más limitado, como hemos visto, que el mental, o sea, con menos dosis de libertad, al escritor le ocurre lo mismo que le ocurrió en aquél, pero más acentuado.

- ¿Qué le sucede?

- Que, cuanto más escribe, cuanto más avanza en su obra, ella misma, su contenido, va automáticamente constriñendo sus posibilidades de creación. Y esa limitación llega al máximo cuando crea un personaje: De un plumazo ha eliminado a todos los otros posibles; y, cuando escriba sobre él, tendrá ya que someterse al carácter, a la edad, a la cultura y, en general, a los condicionamientos con que lo haya dotado. Su libertad, pues, se habrá reducido infinitamente más: Si lo ha hecho miope, por ejemplo, no podrá luego hacerlo leer sin gafas. Y, si no ha dicho que sabe alemán, no podrá más tarde hacerlo dialogar con un berlinés. Y, si ha dicho que no sabe nadar, no podrá en otro momento hacerlo salvar a la heroína en un naufragio. Todo, pues, son limitaciones, reducciones de posibilidades y, con ello, de libertad, para el escritor, cada vez más esclavo de su propia obra.

- Vista así, se comprende que la creación literaria sea, como dicen, una lucha titánica.

- Una lucha terrible. Y, mientras la obra no ha sido publicada, pero sí escrita, aún le queda al autor la suficiente libertad para guardársela y evitar que vea la luz; o de modificarla en lo que no le guste; o de matar al personaje que no responda a lo deseado inicialmente; o de atribuir a éste cualidades o conocimientos nuevos que lo hagan aprovechable. En este sentido, pues, aún conserva un margen de libertad. Puede incluso echar la obra entera a la papelera y reescribirla, empezándola de nuevo con los datos y los personajes que más le han satisfecho de la anterior versión.

- Siempre es un consuelo.

- Pero, una vez publicada, el autor pierde absolutamente toda su libertad con relación a ella y a sus personajes. Y éstos, además de seguir limitándolo, de modo angustioso y persistente, ya no pueden ser modificados y, además, adquieren vida propia, una vida que puede incluso comprometer la de su propio autor, como se ha visto con frecuencia, a lo largo de la Historia, llegando incluso al extremo de provocar su muerte.

- Sí, sí. Es cierto. Y estoy pensando en muchos autores, desde Sócrates hasta Salman Rushdie, pasando por Tomás Moro, Miguel Servet, García Lorca, Muñoz Seca y tantos otros como la historia registra. Estos casos serían los ejemplos más claros de la total desaparición de la libertad

del autor como consecuencia de la actuación de sus propias creaciones, ¿no?

- Eso sin contar la innúmero legión de los perseguidos, encarcelados, expoliados, expatriados, excomulgados, etc., sólo como consecuencia de la vida propia que sus criaturas adquirieron una vez publicadas.

- Es verdad. ¡Cuántas barbaridades se han cometido por ese motivo!

- Pero aún hay un aspecto del tema, relativo a la limitación de libertad para el escritor, que quisiera destacar.

- ¿Y cuándo se da?

- Cuando un autor ha hecho aparecer a un personaje en varias de sus obras. Como ha tenido que facilitar muchos datos sobre él y reducir así sus posibilidades, la limitación llega a ser tan grande que el autor no tiene más remedio que inventarle o atribuirle gratuitamente cualidades o conocimientos o habilidades que hasta entonces no se habían hecho manifiestos y de los que no se tenía noticia. Todo como consecuencia de su necesidad de una nueva cuota de libertad para seguir creando.

- Tienes razón. Nunca se me había ocurrido reflexionar sobre todo esto, que resulta muy interesante.

- Sí, porque nos permite profundizar, de paso, en otros aspectos de la vida.

- ¿En qué aspectos?

- Por ejemplo, en el de la paternidad.

- ¿Y qué tiene que ver la paternidad con lo que estamos tratando?

- Pues que es prácticamente lo mismo: El padre, como tal, - y, cuando digo el padre quiero decir la madre, y cuando digo el escritor quiero decir la escritora - disfruta de un sólo momento de libertad total, que se da precisamente antes de la concepción. En cuanto tiene conocimiento de que su hijo está en camino, como padre, pierde ya una parte de esa libertad.

- ¿Por qué?

- Porque, acto seguido, no puede evitar empezar a imaginar a su hijo y a fraguar planes sobre su educación y su vida; es decir, va haciendo elecciones, cada una de las cuales, al eliminar las demás, le priva de la posibilidad de profundizar en ellas.

- ¡Cuánta razón tienes! Pero, ¿qué padre no trata de imaginar a su hijo en camino y de soñar sobre su futuro?

- Claro. Pero eso no deja de restarle libertad. Y, cuando el hijo nace - y aún antes, si se ha conocido el sexo durante la gestación - ya hay una serie de hechos, de realidades indiscutibles que el padre ha de aceptar y

que casi nunca coinciden con lo que había imaginado, como el aspecto, el peso, la salud, el carácter o el parecido del bebé con los parientes próximos. Y, a partir de ahí, la vida del padre no es sino una sucesión ininterrumpida de sueños, de deseos, cada uno de los cuales elimina otras posibilidades, y de desilusiones y necesidades de aceptación, cuando la realidad se produce. Y, cuando el hijo empieza a utilizar su libre albedrío, la pérdida de libertad del padre con relación a su hijo se reduce aún más. Por ejemplo, si él es abogado y soñó siempre con un hijo que le sucediese en el bufete, y al cual formaría, y ayudaría y transmitiría todo su saber y experiencia y hasta sus clientes, y a cuyo lado estaría toda la vida, apoyándolo con todo su amor y con todas sus fuerzas... ¿qué ocurre si el hijo decide estudiar Ciencias Químicas? El padre ha de readaptar esos proyectos, hacia los que había orientado todas sus energías durante años, y aceptar y asimilar la realidad, y recanalizarlo todo por un terreno que le es totalmente desconocido. Su libertad, por tanto, en el aspecto profesional, ha quedado reducida casi a cero. Si el hijo, además, se va de casa, por el motivo que sea, - emancipación, matrimonio, etc. - nueva reducción de libertad, de capacidad de creación. Y, cuando ese hijo se convierte, a su vez, en padre, sigue disminuyendo su libertad: El personaje imaginado inicialmente, su criatura, su hijo, ha adquirido vida propia y ya no necesita del padre, de su creador.

- Me has impresionado, pero es así. Al final de la vida ya no nos queda casi ningún margen de libertad con relación a los hijos.

- Ni con relación a nosotros mismos.

- ¡Hombre! Con relación a nosotros mismos nos queda toda la libertad. ¿O no?

- ¿Tú crees? El proceso es siempre el mismo. En todos y cada uno de los temas. Y, si quieres convencerte, vamos a estudiar éste con un poco de detalle.

- Vamos a ver.

- Tú tienes, de niño, una idea sobre ti mismo y sobre el mundo y sobre lo que te gustaría ser, ¿no?

- Sí, claro.

- Lo cual supone que, sin darte cuenta, has eliminado ya, en principio, todas las otras posibilidades.

- Sí.

- Un poco más tarde, en los estudios primarios y medios, por ejemplo, o eres un buen estudiante o no lo eres; o determinada asignatura

te gusta y determinada otra, no. O sea, que tú ya has hecho determinadas elecciones en determinadas direcciones, que te alejarán de todas las demás. Por ejemplo, si te gustan las ciencias y no las letras, ya te inclinarás por las primeras, con lo cual habrás eliminado de tu vida las Humanidades y todos sus aspectos y ramas y saberes. Vamos a suponer que, más adelante, decides estudiar una carrera. Elegirás una de ciencias, eliminando de tu abanico de posibilidades todas las demás con sus implicaciones correspondientes. Imaginemos que, entre las carreras de ciencias, tú te inclinas por la de medicina. Ya no serás físico ni químico ni astrónomo ni matemático ni biólogo ni informático ni ingeniero ni arquitecto ni una serie de cosas más que podías haber elegido. Pero luego, dentro de la medicina, tendrás que escoger especialidad. Imaginemos que te inclinas por la Medicina Intensiva. Con esa decisión habrás hecho desaparecer de tu tabla de posibilidades la cirugía, la oftalmología, la medicina interna, la cardiología, la urología, la oncología y tantas otras especialidades médicas como existen. El margen de maniobra en tu vida sigue, pues, reduciéndose. Porque luego, al contratar tus servicios en un determinado hospital, quedarán fuera de tu ámbito todos los demás. Y si trabajas por las mañanas, habrás eliminado de tus posibilidades el trabajo que se haga por las tardes o por las noches. Y, si estás atendiendo a un paciente, no estás atendiendo a los demás. Siempre el mismo proceso, que supone reducción de tus posibilidades de elección y de decisión, o sea, de libertad.

- ¡Es verdad!

- Pero hemos de tener en cuenta que, si eso te ocurre en el campo profesional, otro tanto te sucederá en el afectivo: Te enamorarás de una mujer, con lo que las demás quedarán eliminadas, en principio, como futuras cónyuges. Te casarás con ella, con lo que las habrás eliminado definitivamente. Tendrás unos hijos determinados, y no otros, los llevarás a un colegio determinado y no a otros, etc. Y, en el aspecto político, habrás aceptado determinadas ideas, con lo que las opuestas o discrepantes quedarán fuera de tu consideración directa. Y, en cuanto a tu vida de relación, tendrás dos o tres amigos íntimos, eliminando así las posibilidades del resto de la Humanidad. Y, en cuanto a tus gustos gastronómicos o artísticos o lúdicos, siempre tus propias elecciones te irán reduciendo el campo de posibilidades. Por eso llega un momento, llamado vejez o, mejor, decrepitud, en el que ya no tenemos libertad alguna, nos hemos ido limitando tanto por todas las decisiones que hemos adoptado a

lo largo de la vida, que ya no nos queda dónde elegir y, entonces, lo único que podemos decidir es morirnos. Y nos morimos.

- Pero no todos los finales son así...

- No. Sin embargo, fíjate en que los que pasan indemnes el primer año tras la jubilación o han estudiado varias carreras o se han aficionado a algo o son necesarios para alguien, cosas todas que suponen un margen de libertad considerable, la necesidad de ensayar nuevas opciones, son los que, en términos generales, resultan más longevos. Uno, en realidad, sólo se muere cuando ya no tiene ilusiones ni es necesario para nadie, o sea, cuando ya no puede elegir para actuar.

- Hay que ver adónde hemos ido a parar profundizando en una cosa tan banal como mi primera pregunta. Pero, por lo menos, hemos extraído la lección de que somos libres antes de tomar decisiones y de que cada una de ellas nos reduce la libertad, ¿no?

- Exacto. Que cada vez somos menos libres, puesto que todas las decisiones anteriores nos han ido condicionando y reduciendo nuestro futuro campo de actuación. Pero así es.

- Y, digo yo, ¿no le será posible al hombre prolongar, para disfrutarlo conscientemente, ese momento de libertad total que precede a la creación literaria y, en menor escala, a cada decisión?

- No. Al hombre eso le resulta imposible. Porque Dios se manifiesta en la naturaleza como un empuje constante que hace que todo avance, cambie, se mueva, evolucione y tienda al más y al mejor. Y esa misma fuerza inevitable, imparable, impele al hombre a decidir crear algo y a sentirse impulsado a comenzar su creación, con lo cual no le queda ni tiempo de apercebirse del momento de total libertad de que, en ese campo, estaba disfrutando.

- ¡Qué maravillosas implicaciones!

- Pues existen otras aún mucho más trascendentales.

- ¿Más trascendentales?

- Sí. Porque todo lo que le ocurre al literato y a cada hombre en general, le ocurre a Dios con Su obra.

- ¿A Dios? ¿Cómo puedes llegar a esa conclusión?

- Utilizando la Ley de Analogía según la cual, como sabes, “*como arriba es abajo y como abajo es arriba.*”

- ¿Tú crees que es aplicable aquí?

- Es aplicable siempre. Es una ley cósmica. Y lo verás. Observa el paralelismo entre los dos casos.

- Vamos a ver.

- Pues allá voy: Dios, el Ser Supremo, antes de concebir una obra es libre, completamente libre. Igual que el hombre, que está hecho a su imagen y semejanza. Pero, en cuanto comienza a pergeñarla, se limita a sí mismo, como hemos visto que ocurre con el hombre. Recuerda que El Absoluto, lo ilimitado, según dicen los anales del ocultismo, al manifestarse como Ser Supremo, se limitó a sí mismo – lo ilimitado se hizo limitado - incluso aunque el ser resultante fuese “supremo”.

Y, cuando avanza en esa Su creación “mental”, su libertad se reduce en la misma proporción: Si basa la vida sobre la Tierra en la economía del oxígeno, por ejemplo, ya no puede luego hacer intervenir en ella al hierro con igual protagonismo.

Y, cuando concibe los vertebrados, ya no puede luego crear uno sin endoesqueleto. Y, cuando crea los mamíferos, ya todos han de mamar. Y, cuando concibe al hombre como bípedo, ya no puede hacer aparecer otro con cuatro piernas.

Pero luego, cuando ha de plasmar todo eso en la materia de este mundo, le ocurre lo mismo que al escritor: Que los materiales que ha de utilizar son muy poco plásticos, no expresan lo que uno ve con claridad en el mundo del pensamiento, son rígidos, y es muy difícil dar con los más apropiados. De modo que, esa falta de idoneidad de los materiales, unida a las limitaciones derivadas de la propia concepción, hacen que el hombre condicione continuamente la actividad de su creador.

- ¡Es impresionante lo que estás diciendo! Pero muy lógico.

- Pues sigo: Si a todo lo dicho añadimos que Dios ha concedido al hombre algo que el escritor no concede ni puede conceder a sus personajes - y, a pesar de ello, ya vemos lo que ocurre a veces - que es la libertad, el libre albedrío, la capacidad para orientar su propia vida, dentro del marco de actuación que para él ha diseñado su Creador, pero al margen de Él, se complica todo aún más y la libertad de Dios se ve terriblemente limitada, hasta el punto de que no le queda más remedio, si quiere que su obra resulte como la concibió, que comunicarse con Sus criaturas, con sus personajes, mediante lo que llamamos las religiones, y avisarle de que está desviándose de lo previsto, y proporcionándole los medios para que vuelva a su papel.

- ¡Es verdaderamente sugestivo! Y muy clarificador.

- Y, si el hombre no obedece, si la obra se aleja, más y más, de modo irremediable, de lo que su Autor concibió y deseó, no tiene otra posibilidad

que, como hace el escritor, arrinconarla, echarla al cesto de los papeles y empezarla de nuevo, aprovechando los elementos más aptos de aquella. Y eso es, por ejemplo, el Diluvio.

- ¿El Diluvio?. Pero... ¡claro!

- Y la explicación de la existencia de las diversas razas y épocas y eras y civilizaciones... Y si, a pesar de ello, los nuevos personajes, los nuevos hombres, se vuelven a desviar del guión, gracias a su libre albedrío y a la tosquedad de los materiales, el margen de libertad de Dios se reduce aún más drásticamente, hasta llegar a un punto en que no tiene más remedio que convertirse Él mismo en un personaje más de Su obra y, mezclado con ellos, tratar de convencerlos para que interpreten correctamente sus papeles.

Sin embargo, también en este caso, como ocurrió con tantos literatos, el autor del hombre perdió la vida a manos, precisamente, de sus personajes: los hombres.

- Me has dejado anonadado.

- Sí. Son asombrosos los caminos del pensamiento y el juego de las leyes naturales y la omnipresencia de la unicidad de todo lo existente. Pero todo ello no hace sino demostrar que, el único momento en que, tanto Dios como el hombre, pueden ser y sentirse verdadera y totalmente libres, se da sólo inmediatamente antes de proceder a la creación.

* * *